

EL AVARO

COMEDIA DE CÁRLOS GOLDONI

TRADUCIDA DEL ITALIANO

POR

D. FEDERICO BARAIBAR



VITORIA
IMPRESA DE LOS HIJOS DE MANTELI

à cargo de Raimundo I. de Betolaza

1878

EL AYARGO

COMISSAO DE LEBRES DO MUNICIPIO

PRIMEIRO DE JULHO

D. FEDERICO BARREIRA



COMISSAO DE LEBRES DO MUNICIPIO
PRIMEIRO DE JULHO

M-82565
F-87630

ATA
6784

EL AVARO

COMEDIA DE CÁRLOS GOLDONI

TRADUCIDA DEL ITALIANO

POR

D. FEDERICO BARAIBAR

VITORIA
IMPRESA DE LOS HIJOS DE MANTELI
a cargo de Raimundo I. de Betolaza
1878

LIBRARY

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

BERKELEY

LIBRARY



PERSONAGES.



DON AMBROSIO, viejo avaro.

DOÑA EUGENIA, viuda, nuera de D. Ambrosio.

EL CONDE FILIBERTO de la Isla.

EL CABALLERO COSTANCIO Alberi.

DON FERNANDO, jóven de Mántua.

FRANCISCO, criado.

UN PROCURADOR que no habla.

La escena en Pavía, en casa de Don Ambrosio.

ACTO UNICO

ESCENA I.

DON AMDROSIO, *solo*.

¡Ah, cuánto vale en el mundo un poquito de regla! Solo en un año despues de la muerte de mi hijo, he economizado dos mil escudos. Bien sabe Dios cuánto he sentido la perdida de mi único hijo; pero si llega á vivir otro par de años, ya no hubieran bastado las rentas y hubiera sido preciso atacar al capital. ¡Grande es el amor de un padre; pero el dinero es tambien tan hermoso! Aun gasto más de lo justo, á causa de mi nuera, que vive conmigo. Quisiera librarme de ella; mas el pensar que tengo que restituirla su dote me da vértigos. Estoy entre la espada y la pared. Si vive conmigo se me come hasta los huesos; si se marcha, se me lleva el corazon. Si pudiese hallar un medio.....Aquí viene esta otra calamidad que tengo que sufrir. Otro regalo de mi hijo: mas ahora tendrá que marcharse.

ESCENA II.

DON FERNANDO Y DON AMBROSIO.

FERNANDO. Buenos dias, Don Ambrosio.

AMBROSIO. Para mi ya no hay ni buenos dias, ni buenas noches.

FER. Os compadezco. Perdisteis con el pobre D. Fabricio el mejor caballero del mundo.

AMB. Don Fabricio era un caballero, que hubiera consumido todo el oro de las Indias. Desde que se casó, derrochó en dos años mas de lo que yo hubiera gastado en diez. Estoy arruinado, querido D. Fernando, y para reponerme un poco, necesito vivir en adelante con economía y hasta con el pan tasado.

FER. Dispensad. No puedo creer que vuestra casa se halle en tal estado.

AMB. Vos no conocéis mi situacion.

FER. Sin embargo vuestro hijo me decia...

AMB. Mi hijo era un loco, lleno de vanidad y con muchos humos de grande. Su mujer le dominaba, y sus amigos se le comian un costado.

FER. Si lo decis por mí, creo que en el año que hace que estoy en vuestra casa con el único objeto de doctorarme en esta universidad, mi padre ha cumplido suficientemente.

AMB. No lo digo por vos. Mi hijo os estimaba mucho y os he tenido en casa por esta consideracion; mas ahora, que ya habeis conseguido la borla doctoral ¿por qué permanecéis aquí perdiendo lastimosamente el tiempo?

FER. Hoy pienso tener carta de mi padre; y espero libraros cuanto antes de toda molestia.

AMB. Me asombra que no deseis marchar á vuestra pátria para haceros llamar señor doctor. Vuestra madre estará impaciente por abrazar á su hijo ya doctorado.

FER. Señor, mi casa no funda su importancia en este título. Creo sabreis que mi familia...

AMB. Sé que sois noble como el que más; pero ¡ay! la nobleza sin dinero, no es como un vestido sin forro, sino como un forro sin vestido.

FER. Creo que no soy de los menos favorecidos por la fortuna.

AMB. ¡Ah! bien, id pues á disfrutar de vuestra libertad, y de vuestras riquezas. No está bien que vivais en la casa de un pobre.

FER. Acabareis por hacerme reir.

AMB. Si conocieseis mi miseria, me compadeceriais. No tengo lo suficiente para vivir. Y esa cabeza de chorlito de mi nuera, quiere tener tertulias, y coche, y lacayos y dar chocolates y café... ¡Ay pobre de mí! Estoy desesperado.

FER. No es necesario que la tengais en casa.

AMB. No tiene padre, ni madre, ni parientes cercanos. ¿Queréis que la deje sola? ¿En tal edad una viuda sola? ¡Oh! no me hagais hablar.

FER. Procurad que contraiga nuevas nupcias.

AMB. Si se presentase un buen partido.

FER. No me parece difícil. Doña Eugenia tiene excelentes prendas y además una buena dote.

AMB. ¿Qué dote? ¿Qué estais diciendo de una buena dote? Ha aportado al matrimonio muy

poca cosa y en cambio hemos gastado con ella un tesoro. Ved la cuenta de los gastos que se han hecho por mi ilustrísima señora nuera; héla aquí; siempre la tengo de dia en el bolsillo y de noche debajo de la almohada. Todas cuantas desgracias me suceden me parecen mas soportables que esta cuenta. ¡Malditos trapos! ¡Moda, cien y cien veces maldita! Apuesto á que, si ahora se casa, al restituir todas estas bagatelas no me las tasan en la mitad.

FER. Ni áun en un tercio.

AMB. Gracias, señor doctor. *(Hace ademán de partir, despues vuelve)*. Se me olvidaba decirnos una cosa.

FER. Lo que gustéis.

AMB. Tendriais la bondad de decirme para cuándo habeis fijado vuestra marcha?

FER. Os repito que hoy espero recibir carta de mi padre.

AMB. Y ¿si no llega?

FER. Si no llega... tendré que detenerme.

AMB. Seguid mi consejo, hijo mio; dadle una sorpresa, id á Mantua, y presentáos de improviso. ¡Oh! con cuánta alegría abrazarán al señor doctor.

FER. De aquí á Mantua, hay muchas leguas.

AMB. ¿No teneis dinero?

FER. A decir verdad, ando algo escaso.

AMB. Os enseñaré como se hace eso. Vais al Ticino, os embarcáis, y por una friolera os llevarán hasta la desembocadura del Mincio.

ESCENA III.

DON FERNANDO, *solo.*

¡A qué extremo conduce á los hombres la avaricia! El rico y noble D. Ambrosio se cree la persona mas vil y miserable. Y puede asegurarse que lo es, pues la nobleza ha de brillar en las acciones, y la riqueza nada vale si no se emplea bien. Debia de haber salido de esta casa en cuanto espiró mi amigo D. Fabricio, mas precisamente su muerte es la causa de mi detencion. ¡Ah! sí, el respeto que Doña Eugenia me inspiraba mientras vivia su marido, se ha cambiado en amor desde que está viuda; y alimentándose mi esperanza... ¿Pero qué esperanzas de felicidad puede albergar mi pecho, si á donde quiera que miro solo hallo obstáculos? Ella no sabe que la amo, y, al conocerlo puede despreciarme. Tengo dos poderosos rivales, que la asedian. Mi padre no permitirá ahora que me case: lo mejor será partir. Sí, partiré, mas no quiero algun dia tener que echarme en cara mi cobardía. Sepa que la amo, y, si mi amor no la agrada... Héla aquí. Quisiera decirle..... pero me falta valor. Mas adelante..... Meditaré mis palabras. ¡Ah, corazon pusilánime! Me avergüenzo de mí mismo.

(Váse)

ESCENA IV.

DOÑA EUGENIA *despues* FRANCISCO.

EUG. ¿Hasta cuándo tendré que soportar semejante vida? ¿Quién puede sufrir las imperti-

nencias de D. Ambrosio? Los disgustos han llevado prematuramente al sepulcro, por su causa, á mi pobre marido, y ahora este viejo quiere que yo muera de rabia y desesperacion. Sí, quiero volver á casarme. Pero no basta querer, es necesario esperar la ocasion favorable, y sin estar segura de mejorar no seré yo quien se esponga á caer de Escila en Caribdis.

FRANC. Señora, el Conde de la Isla desea ofreceros sus respetos.

EUG. Que pase, *(Francisco sale)*. Este no sería un mal partido. Es una persona de mérito, pero su seriedad me fastidia algunas veces; es el polo opuesto del caballero que es de humor demasiado vivo. Sin embargo, quisiera fijar mi eleccion en uno de ambos. Sé que ambos me aman, y que una empeñada rivalidad..... Pero aquí está el conde.

ESCENA V.

DOÑA EUGENIA Y EL CONDE DE LA ISLA.

CONDE. A vuestros piés, señora.

EUG. Besoos las manos, Conde. Haced el favor de tomar asiento.

CONDE. Por complaceros. *(Se sientan)*

EUG. Habeis llegado precisamente cuando tenia necesidad de compañía.

CONDE. Seria feliz si pudiera proporcionaros el mas pequeño placer.

EUG. Sois muy bondadoso, Conde. Vuestras palabras lo manifiestan.

CONDE. Nunca igualarán á vuestro mérito.

EUG. Siempre es galante el Conde de la Isla.

CONDE. Quisiera serlo para tener la dicha de agradaros.

EUG. Vuestra conversacion me es grata siempre.

CONDE. Ya que lo asegurais, lo creo. Pero mi conversacion no basta á vuestro talento.

EUG. No teneis motivo para pensar tal cosa.

CONDE. Consideradlo como una tontería. Yo no sé distraeros.

EUG. Sois injusto con vos mismo, Conde. Gracias á que hablais con quien os conoce.

CONDE. No, Doña Eugenia, soy sincero, y no tengo de bueno mas que el conocimiento de mí mismo. En parangon con el caballero, sé que no puedo sostener la competencia; mas no importa: yo confío no solo en vuestro talento, sino en vuestro corazon; y espero que, á pesar de lo desapacible de mi trato, comprendereis la lealtad de mi alma.

EUG. No es pequeño mérito la sinceridad.

CONDE. Pero es poco afortunada.

EUG. ¿Teneis quejas de mí?

CONDE. No me atreveré á decirlo.

EUG. Aunque no lo digais se conoce que estais descontento.

CONDE. Será un efecto de la sinceridad que habeis elogiado.

EUG. Por tanto, esa misma sinceridad no debe ocultarme la causa.

CONDE. Me invitais al matrimonio, como ahora á hablaros.

EUG. La invitacion sale de mi corazon.

CONDE. Y respondo á vuestro corazon si no me atormentase un rival.

EUG. Esta es la primera vez que lo habeis dicho.

CONDE. ¿Lo he dicho á tiempo, señora?

EUG. Puede ser.

CONDE. Las cosas posibles son infinitas. En estas se confunden mis esperanzas y mis temores. Lo que ahora os pido, es que me deis alguna seguridad.

EUG. Pensadlo bien y confesad que no es tan poca cosa lo que me pedís.

CONDE. Si no me engaño, me parece que es bien poco lo que os pido. Sería atrevido si os suplicase que me concedieseis la entera posesion de vuestro afecto; y solo os pregunto si aun podeis disponer de él libremente.

EUG. Y si eso es un secreto que yo guardo cuidadosamente, ¿no sería indiscreta vuestra pregunta?

CONDE. Sabeis haceros entender sin hablar. Comprendo que vuestro corazon no os pertenece.

EUG. Y si así fuese ¿comprendereis con igual facilidad quién es su dueño?

CONDE. No, señora, y ese es el secreto.

EUG. Por tanto no podeis asegurar que seais el excluido.

CONDE. Tampoco que sea el favorecido.

EUG. Basta á un hombre discreto, el tener un motivo de esperanza.

CONDE. Sí, cuando no le inspira temor una razón mas fuerte.

EUG. ¿Cuál es el fundamento de vuestro temor?

CONDE. Mi falta de mérito.

EUG. No, Conde, estais equivocado.

CONDE. Además, la audacia de mi rival.

EUG. Esa nueva razón me ofende más.

CONDE. Perdonadme.

EUG. Estais perdonado.

CONDE. Mi ardiente pasión mueve mis labios.

EUG. Conde, basta.

CONDE. *(aparte)* [¡Oh qué trabajo cuesta el contenerse!]

EUG. *(aparte)* [No quiero precipitar la resolución].

ESCENA VI.

DOÑA EUGENIA, EL CONDE DE LA ISLA, FRANCISCO, y despues el CABALLERO ALBERI.

FRANCISCO. [Mi embajada no va á agradar al Sr. Conde.] Señora; el Caballero Alberi desea presentaros sus respetos.

EUG. Que pase. Una silla. *(Francisco va á tomar una silla)*.

CONDE. *(Levantándose.)* Señora, no quiero ser molesto.

EUG. No, Conde, no deis á entender vuestras aprensiones.

CONDE. Solo el respeto...

EUG. Sentaos.

CONDE. *(Sentándose con agitacion.)* [¡Estoy en áscuas!]

FRANC. [Lo que yo decia. Dos gallos no pueden estar en un gallinero.] *(Váase)*

EUG. [Siento verlos juntos, mas peor hubiera sido que se marchára.]

CABALLERO. Bésoos las manos, Señora. [*La besa la mano.*]

(El Conde al verle besar la mano tiene un ligero estremecimiento.)

EUG. Beso las vuestras, Caballero.

CABALLERO. Os saludo, Conde.

CONDE. *(Al Caballero)* Servidor. Con vuestro permiso. *(En voz baja y al oído á Eugenia)* [Señora, yo no me he atrevido á besaros la mano.]

EUG. *(Bajo al Conde)* [¿Quién os ha prohibido hacerlo?]

CONDE. *(Para sí)*. [¿Paciencia! áun merezco más.]

EUG. *(Al Caballero)*. Dispensad.

CABALLERO. *(Jovialmente)* Sois muy dueña. Si hay interes en ello.

EUG. *(Al Caballero)*. Ninguno, ninguno; era yo no sé que; se le habia olvidado decirme una cosa.

CABALLERO. Precisamente, tengo que deciros otra. Con vuestro permiso.

CABALLERO. *(Bajo á Doña Eugenia)*. [Queréis hacerle rabiarse.]

CONDE. [Será un milagro que pueda contenerme.]

EUG. ¡Ea! hablemos de modo que todos nos oigan. ¿Qué haceis, Caballero?

CABALLERO. Estoy perfectamente, puesto que me honrais con vuestra gracia.

EUG. Mi gracia es bien poca.

CABALLERO. Pero mas que suficiente, aunque se dividiera entre dos.

EUG. ¿Sois vos de los que se contentan con la mitad?

CABALLERO. Cuando no se puede obtener más ¿por qué no?

CONDE. Doña Eugenia no puede dividir su corazon.

CABALLERO. *(Con gravedad)*. Ni vos ni yo lo sabemos.

EUG. *(Al Caballero)*. ¿Me creéis una coqueta?

CABALLERO. *(Jovialmente)*. Dios me libre. Sé que sois la señora mas discreta del mundo; mas para mí, es indudable, que la gracia de las mujeres hermosas es ilimitada, y que, salva siempre la honestidad y decencia, pueden distribuir sus favores á mas de uno, con una cierta economía que habrá de producir diversos efectos, segun la disposicion de ánimo en que se halle el que reciba su porcion, por lo cual hay á quien no le basta la mitad mientras otros se contentan con ménos.

CONDE. Eso no es racional.

CABALLERO. *(Con gravedad al Conde)*. No he hablado con vos.

EUG. *(Al Caballero)*. ¿Seria inútil, por tanto, que una mujer os diese á vos solo la posesion completa de su corazon?

CABALLERO. *(Jovialmente)*. No haria la locu-

ra de rehusarla, y la tendria en la grande estimacion que semejante don merece; pero la dificultad de conseguir el todo me obliga á contentarme con poco.

EUG. Esa dificultad no me parece fundada.

CABALLERO. *(Jovialmente)*. Hablo por experiencia. Muchas veces me he hecho la ilusion de poseer el trono de la hermosura. Mas en el amor las monarquías duran poco, por eso me contento con ser republicano.

CONDE. A Doña Eugenia no puede juzgársela por las demas.

CABALLERO. La conozco tambien como vos.

CONDE. Si la conocieseis mejor, no hablarais así.

CABALLERO. Sí, la conozco. *(Con gravedad, despues jovialmente dirigiéndose á Doña Eugenia)*. Sentiria, Doña Eugenia, que interpretando mis sentimientos tan mal, como se complace en hacerlo el Conde, me privaseis de aquella parte de vuestra gracia que me lisongo de poseer. Mas permitidme que me explique. Separemos en primer lugar de la gracia que las mugeres suelen conceder á muchos, aquel amor que pertenece á uno solo. El marido no debe entrar en concurrencia con nadie; el futuro esposo de una doncella tambien ha de pretender ser único: é igualmente el de la viuda; mas la gracia distributiva de que yo hablo reside en una parte del corazon no ocupada por tales afectos. Ahora se me ocurre un ejemplo. El padre ama tiernamente á su hijo y al mismo tiempo á sus

amigos; uno y otro cariño tienen su asiento en el corazón, pero en sitio diferente, ó, si queremos que el amor resida en un solo sitio, conpongamos en que la diferencia, si no está en el lugar, debe de estar en el modo. Sea pues la mujer discreta y honrada, fiel al marido y sincera con el amante. En torno de este amor constante, giran algunos otros pequeños afectos de gratitud, de estimación, de honesta complacencia, que se llaman gracias y favores, que pueden dividirse y que en pequeña dosis son capaces de satisfacer á un hombre discreto; que otorgados por mitad, pueden enorgullecer á un caballero; y que concedidos á uno solo, le hacen atrevido, mostrando ó que no conoce su valor ó que quiere confundirlos, con aquel fuego destinado á un objeto mas noble. Hé aquí, Señora, mi modo de pensar. Si quereis, Conde, contestadme.

-EUG. ¡Vamos, Conde, ahora es tiempo de luciros.

-CONDE. Señora, soy enemigo mortal de la palabrería. Admiro el ingenio del Caballero, pero no me convencen sus distinciones metafísicas. Entre otras inútiles ó falsas, solo ha dicho una cosa de bueno á la cual respondo. Doña Eugenia es una señora viuda, y antes de disponer de aquella gracia, que supone puede repartirse á mas de uno, está en el caso de sentir aquel amor que conviene á uno solo.

CABALLERO. *(Con gravedad al Conde)*. Puede hacerlo con toda libertad, y el afortunado dueño de su mano será seguro poseedor de la

mujer mas virtuosa del mundo. *(Jovialmente)*. Señora, me parece que el Conde conoce los secretos de vuestro corazon. Yo me limitaré á elogiár vuestra resolucion; mas no creo que merezca ser excluido de semejante confidencia.

EUG. El Conde no sabe con seguridad mas de lo que vos sabeis.

CABALLERO. *(Al Conde)*. Es inútil, pues, que os hagais el astrólogo para rechazar mis sentimientos.

CONDE. ¿Creeis que una viuda jóven, rica y noble, que no puede estar contenta del tratamiento que recibe en esta casa, no está dispuesta á contraer segundas nupcias?

CABALLERO. *(Como antes)*. Es dueña de su persona. Señora, yo no me atrevo á adivinar, pero os confieso que ansío saberlo.

EUG. No quiero ocultar la verdad á dos caballeros á quienes estimo. Mi situacion me obliga á volver á casarme.

CONDE. *(Al Caballero)*. Ved ahora si la astrología está mal fundada.

CABALLERO. Ea, pues, vos que haceis el horóscopo del corazon humano, ¿no adivinareis quién será el afortunado mortal?

CONDE. No quiero ir tan adelante. Pero estoy seguro de que no querrá conceder su corazon á quien se contenta con la mitad.

CABALLERO. *(Levantándose)*. Poco á poco, Señor mio; esa es otra cuestion, y mi opinion sobre ella es diferente. Conozco que no merezco tal fortuna; mas si quisiera prodigarme sus fa-

vores hasta el punto de elegirme por esposo, yo estimaría en mucho mas su virtud, que su juventud, riqueza é ilustre abolengo que ha poco habeis ponderado; sería celoso de su fidelidad, sin serlo de sus miradas, y, separando las conveniencias de una mujer prudente de las de una dama de talento, sería un marido feliz, sin ser un caballero indiscreto.

EUG. [Con un esposo de este carácter no podría menos de ser dichosa.]

CONDE. Una cosa es, Caballero, imaginar de léjos, y otra hallarse en el caso. Comprendo que vos buscais el camino mas fácil para atraer el corazón de la que os escucha; pero la libertad que le proponéis, no puede abrir brecha en el ánimo de Doña Eugenia, mas aficionada, en verdad, á un amor honesto que á la moderna galantería. Si vuestras palabras son sinceras, no la amais; y si la amais, no puede fiarse de la libertad que le prometeis.

EUG. [La duda no deja de ser fundada.]

CABALLERO. Yo no he venido á solicitar el amor de Doña Eugenia. Si está prevenida en vuestro favor, no tiene mas que decírmelo; sé cual es mi deber.

EUG. No, Caballero, os repito que soy libre de disponer de mí.

CABALLERO. Pues disponed.

CONDE. Tiene tiempo de hacerlo.

CABALLERO. El tiempo pasa, y despues se deplora en vano la pérdida de los años juveniles.

CONDE. La virtud siempre es hermosa.

CABALLERO. Pero en la juventud es mas brillante.

CONDE. Una muger no necesita el brillo.

CABALLERO. Lo necesita una dama.

CONDE. Una dama debe ser discreta.

CABALLERO. Mas no por eso intratable.

CONDE. Debe depender de la voluntad de su marido.

CABALLERO. Guárdela Dios, de esa inconveniencia que ponderais.

CONDE. No la sacrifique el amor á quien no conoce el precio de la virtud.

CABALLERO. Si os referis á mí al decir eso...

EUGENIA. Señores, si habeis venido á complacerme con vuestra visita no os incomodeis por mi causa. A ambos os respeto y en los dos hallo mérito y razon, mas aún no he dispuesto de mí y no me atrevo decir que me supongais inclinada á uno de vosotros. Soy dueña de mí misma, es cierto, mas las conveniencias exigen, que al salir de esta casa, consulte antes que á nadie, al padre de mi difunto marido. Si sus extravagancias no me proponen un esposo indigno de mí, preferiré á toda otra pasion el deber que me liga á mi suegro; y si se me propone uno cualquiera de vosotros, quedaré igualmente satisfecha.

CONDE. ¡Ah! Doña Eugenia, eso no basta para consolarme.

CABALLERO. Pues á mí me deja contentisimo y en este instante os dejo para presentar mi peticion á Don Ambrosio: os lo digo delante del

Conde, para que lo sepa y esté seguro de que sabré romper una lanza sin que me espante el mérito de mi rival. Señora, hasta que tenga el honor de volver á veros. (*La besa la mano y váse.*)

ESCENA VII.

DOÑA EUGENIA *y el* CONDE.

CONDE. [Si llega á ser mi esposa, no la besarás la mano.]

EUG. Conde, sereis menos solícito que el Caballero.

CONDE. Vaya, si quiere asaltar á Don Ambrosio en otro sitio; yo le esperaré aquí, si me lo permitís.

EUG. Sois muy dueño. Mas permitidme, que pase á mi habitacion á donde tengo un poco que hacer.

CONDE. Lo veo: estais disgustada á mi lado.

EUG. Os engañais. Volveré en seguida. Adios, Conde.

CONDE. Servidor vuestro. (*Hace ademán de partir*).

EUG. (*Para sí y deteniéndose*). [¡No me besa la mano!]

CONDE. ¿Teneis algo que decirme?

EUG. ¿No teneis que pedirme alguna cosa?

CONDE. Solamente que tengais compasion de mí.

EUG. (*Le ofrece la mano*). Conde, tomad.

CONDE. No, Doña Eugenia, no es eso lo que yo deseo. La mano que ahora me ofreceis conserva húmeda aún la huella de los lábios del Caballero. En esto soy delicado.

EUG. No me desagrade vuestra delicadeza. Algunos la creerian un defecto, pero los defectos que provienen del amor, deben dispensarse á un corazon sincero. *(Váse)*

ESCENA VIII.

EL CONDE, *despues* DON AMBROSIO.

CONDE. Estos pequeños favores, que es costumbre conceder á los amantes respetuosos, no son nada para el que pretende casarse. Sepa ella á tiempo mi modo de pensar, y conformándose á mi sistema..... Aquí está D. Ambrosio. El Caballero no debe haberle visto todavía; y si la suerte hace que sea yo el primero, puedo tener mas esperanzas.

AMB. Oh, Señor Conde ¿me esperabais tal vez?

CONDE. Precisamente, D. Ambrosio.

AMB. ¿Qué teneis que mandarme?

CONDE. El negocio que tengo que proponeros es de tal importancia, que me interesa en extremo.

AMB. Si acaso, (no lo tomeis á ofensa), si acaso quereis pedirme dinero prestado, os prevengo que no tengo.

CONDE. Gracias á Dios, no necesito incomodar á los amigos por tan poca cosa.

AMB. Os lo repito: dispensadme. Los gastos que se hacen en estos tiempos, reducen á los mas acomodados á la situacion de tener necesidad de pedir prestado, sin que esto avergüence ya á nadie. Yo no tengo dinero; mas si se trata de complacer á un caballero, tengo amigos que, por un módico interés, podrian proporcionarme algunos centenares de escudos.

CONDE. Pero yo no los necesito.

AMB. Me alegro mucho, mas si vos ó algun otro os vieseis en situacion de necesitar dinero, ya sabeis á dónde habeis de acudir; yo no tengo un cuarto, pero se encontrará cuando llegue el caso.

CONDE. Señor, teneis una nuera.

AMB. ¡Ojalá no la tuviese!

CONDE. ¿Por qué decís eso?

AMB. ¿Os parece poco gasto para un hombre pobre el tener una mujer en casa?

CONDE. Cuanto más perjuicio os cause, más pensareis en volverla á casar.

AMB. Así se presentase hoy mismo una ocasion.

CONDE. La ocasion no puede presentarse más pronto. Yo deseo tomarla por esposa y os pido el consentimiento.

AMB. Si ella acepta, podeis estar seguro de que me alegraré muchísimo.

CONDE. Pienso que no os comprometeis en vano.

AMB. Pues negocio hecho. Hablaré á Doña Eugenia y si consiente en otorgaros su mano, nada diré en contrario.

CONDE. Cuando ella consienta firmaremos el contrato.

AMB. ¿Qué necesidad hay de contrato? ¿A qué gastar el dinero inútilmente? ¿No es mejor que disfrutemos nosotros de lo que pensais dar á un notario?

CONDE. No se puede menos de hacer una escritura aunque no sea más que por la dote.

AMB. ¿La dote? ¿Además de la mujer, pedis ahora la dote?

CONDE. Al casarse Doña Eugenia con vuestro hijo ¿no aportó su dote al matrimonio?

AMB. Lo poco que trajo se ha gastado, y yo no tengo ya nada, ni suyo ni mio.

CONDE. ¿Se han gastado diez y seis mil escudos en dos años?

AMB. Y más tambien. Ved la lista de los gastos que se han hecho. *(Saca los papeles.)*

CONDE. No quiero examinar los gastos que habeis podido hacer en su obsequio, pero sé perfectamente que á una viuda sin hijos hay que restituirla la dote.

AMB. Habeis venido á asesinar-me.

CONDE. He venido por amor á Doña Eugenia.

AMB. Si amaseis á la mujer no buscariais su dinero.

CONDE. No lo busco por mí, sino por ella; ni puedo con la esperanza de ser su esposo, olvidar los derechos que le asisten.

AMB. No necesito que os presenteis como procurador de Doña Eugenia, para saber cuáles son sus derechos y los míos; hay dote y no hay dote; quiero y no quiero devolverla; mas si le hubiere, y si hubiere de devolverla lo haré con toda clase de seguridades, no vaya á llegar un dia en que mi pobre nuera se quede en la miseria.

CONDE. Mi casa tiene bastantes bienes para asegurarla.

AMB. Os digo con franqueza lo que pienso. Si quisierais casaros tan solo por amor, no buscariais con tanto afan la dote.

CONDE. Solo he hablado de ella por casualidad.

AMB. Y yo os contesto en resúmen: Doña Eugenia ha sido esposa de mi hijo; yo hago las veces de su padre; y cuando quiera volver á casarse pensaré en ello.

CONDE. ¿Y si lo desease ahora?

AMB. Que me lo diga.

CONDE. Hacedos cuenta de que yo os lo digo por ella.

AMB. Pues hacedos cuenta de que sois Doña Eugenia, y oid mi contestacion: el Conde de la Isla no es para vos.

CONDE. ¿Por qué, Señor?

AMB. Porque es un avaro.

CONDE. Dejemos las burlas de que soy enemigo. Explicaos con formalidad, Don Ambrosio.

AMB. Sí, hablemos formalmente. Conde, mi nuera no es para vos.

CONDE. Quisiera saber el motivo.

AMB. Tengo cierto compromiso; perdonad, no sois el primero que me la pedis.

CONDE. ¿Se me ha adelantado el Caballero Al beri?

AMB. Quizá. [Ni siquiera lo he visto.]

CONDE. ¿Cuándo os ha hablado?

AMB. Cuando yo le he oído.

CONDE. Esa no es manera de responder á un caballero.

AMB. Muy señor mio.

CONDE. Os portais groseramente.

AMB. Bésoos las manos.

CONDE. Conozco vuestras tacañas intenciones Negais la mano de vuestra nuera á quien os pide la dote; mas nada conseguireis. Doña Eugenia lo sabrá, y tendreis que restituir por fuerza lo que tratais de usurpar indignamente. (*Váse.*)

ESCENA IX.

DON AMBROSIO, *despues el* CABALLERO.

AMB. Servidor vuestro, Sr. Conde. ¿Restituir? Me dá risa. Tengo un procurador hecho *ex profeso* para sacarme adelante. Se compromete á hacer durar el pleito, si lo hubiere, diez años por lo menos; y en diez años puedo morir yo ó puede morir mi nuera. Además no me agrada que corra la voz de que yo procuro que no se vuelva á casar por no devolverla la dote. En adelante procederé con mas tacto; hallaré otros

pretestos y procuraré safarme con habilidad y destreza.

CABALLERO. *(Siempre alegre.)* Servidor de mi queridísimo Don Ambrosio.

AMB. Adios, Señor Caballero.

CABALLERO. Cada dia estais mas jóven. Me da alegría el veros.

AMB. ¡Oh cuánto me alegro yo tambien de veros! ¡Bendita juventud!

CABALLERO. ¿Por qué no honrais mi casa y venis á tomar una jícara de chocolate conmigo?

AMB. Iré con mucho gusto.

CABALLERO. ¿Y tambien á comer?

AMB. Tambien á comer.

CABALLERO. [Le conozco. Es necesario mirarle].

AMB. [Ya te entiendo. No me engañas].

CABALLERO. ¡Oh cuanto sentí la muerte de vuestro hijo!

AMB. Gracias; no hablemos de tristezas.

CABALLERO. Si, hablemos de cosas alegres. ¿Cuándo os casais?

AMB. No lo creo imposible.

CABALLERO. Animo; tengo que proponeros el mejor partido del mundo. ¡Eh! y con dinero como agua.

AMB. Oh, lo que es si me caso, la preferiré sin dote.

CABALLERO. ¡Admirable! yo soy de la misma opinion. Si me caso no quiero nada. Las mujeres cuando traen dinero, pretenden mandar en jefe. No, no; satisfágase el corazon, que lo de-

mas nada importa; una mujer que agrade y con esto basta.

AMB. [¡Si dijera la verdad! pero no me fio.]

CABALLERO. Lo que hayais de hacer, hacedlo pronto. Libraos del obstáculo de vuestra nuera, y traed á vuestra casa una buena moza, que os de un hijo para ocupar el puesto del perdido, y que alegre vuestra vejez.

AM. ¡Vaya si quiero hacerlo! Dejad que me vea libre de mi nuera.

CABALLERO. ¿Por qué no la casais?

AMB. Conozco el caracter de la pobrecilla; tiene el mejor corazon del mundo. Necesitaria uno que se enamorase de ella, y que la amase con toda el alma. Hoy solo se encuentran dos clases de pretendientes: ó discolos ó interesados, y todos principian por la dote; es una desgracia para una jóven de algun mérito el ver que la pretenden por el dinero.

CABALLERO. Eso es lo que yo os decia hace poco. Si me caso, no quiero dote.

AMB. Sois un caballero en toda la extension de la palabra y sabeis muy bien lo que es obrar con caballerosidad. Decidme: ¿conoceis el mérito de mi nuera?

CABALLERO. ¿Si lo conozco? bien lo sabe mi corazon.

AMB. Vaya que sí, como que habeis venido á pedirme su mano.

CABALLERO. ¡Don Ambrosio! ¡Don Ambrosio! ¡Zorro viejo! ¿Cómo diablos lo habeis adivinado?

AMB. Imaginé que vuestros halagos tenderían á algun fin.

CABALLERO. ¡Oh cómo os engañais! Siempre os he querido mucho, y siempre os querré; y anhelo veros casado con una mujer hermosa, jóven y sin dote.

AMB. Eso ya lo pensaré. Si me caso, escogeré una esposa sin dote. Ajustaré en esto mi conducta á la vuestra.

CABALLERO. Lo sabeis; yo no soy interesado.

AMB. [Hasta ahora no suelta prendas.] ¿Queréis que se lo diga á Doña Eugenia?

CABALLERO. Teneis tiempo de hacerlo; por ahora me basta que me digais si por vuestra parte os parece bien.

AMB. ¡Ya lo creo! Sería un loco, sería enemigo de Doña Eugenia, si me opusiera á su fortuna, ¡Un caballero, que la ama y que como prueba de su amor no pide ni un maravedí de dote! ¡Cuerpo de Dios! ¡con tan noble condicion os daría una hija!

CABALLERO. ¡Bravo, Sr. D. Ambrosio!

AMB. ¡Bravo, Caballero Alberi!

CABALLERO. Sois el espejo de la honradez

AMB. Sois la verdadera imágen de la caballeridad.

CABALLERO. ¡Oh cuánto os quiero! *(Le besa)*.

AMB. [¡Bendito seas!]

CABALLERO. ¿Qué dote trajo Doña Eugenia á vuestro hijo?

AMB. *(Un poco confuso)*. No me habéis de

tristezas. El pobrecillo ha muerto, y no quiero que hablemos de él.

CABALLERO. No hablemos de él, hablemos de Doña Eugenia.

AMB. Sí, de ella hablemos cuanto queráis.

CABALLERO. ¿Qué dote os ha traído Doña Eugenia?

AMB. ¿A mí?

CABALLERO. A vuestra casa.

AMB. ¿Qué os importa? ¿No la queríais sin dote?

CABALLERO. Sí, claro. Lo pregunto, así..... por simple curiosidad.

AMB. En tan cumplido caballero, no está bien la curiosidad. Si Doña Eugenia llegase á saber vuestra pregunta, creeria que vuestro amor era interesado; y yo, si llegase á imaginarlo siquiera, os diria que no, como se lo he dicho al Conde de la Isla.

CABALLERO. ¿Os ha hablado el Conde?

AMB. Sí; me ha hablado aquel avariento. Apénas me dijo no sé qué de la viuda, me preguntó en seguida por la dote.

CABALLERO. Pues yo la pongo en último lugar.

AMB. ¿En último lugar? ¿Queréis pensar en ella tarde ó temprano?

CABALLERO. Esto es hablar inútilmente. Yo os pido la mano de Doña Eugenia por la autoridad que os da sobre ella el parentesco, y no teneis motivo para negármela.

AMB. Ya me parece que os he dicho que sí,

y vuelvo á repetíroslo; y si no hay mas dificultades que esta, contad con mi pleno consentimiento.

CABALLERO. Me consolais, me colmais de alegría, mi querido D. Ambrosio, permitidme que en muestra de verdadero afecto.. (*Le besa*).

AMB. ¿Quereis que hagamos entre los dos, (antes de hablar á Doña Eugenia), quereis que hagamos entre los dos una escriturilla de cuatro renglones?

CABALLERO. ¿Quizá sobre la dote?

AMB. Sí, á propósito de la dote. Hagamos constar en un documento el heroismo de vuestro amor.

CABALLERO. Al instante. ¿De qué modo?

AMB. Una breve protesta de que deseais casaros con mi nuera sin pretender su dote.

CABALLERO. Se ofenderá Doña Eugenia.

AMB. Yo lo arreglaré todo.

CABALLERO. Puede ella reclamarla, aunque yo no lo haga.

AMB. Vamos á casa de mi procurador; él hallará un medio de legitimar la cesion.

CABALLERO. Despues hablaremos de eso. Vamos al punto á ver á Doña Eugenia.

AMB. No, antes demos ese paso. A la vuelta terminaremos el asunto.

CABALLERO. No, antes el de la esposa.

AMB. Antes el de la renuncia.

CABALLERO. Bravo, Don Ambrosio, sois el hombre mas ingenioso del mundo.

AMB. Vamos, gentil Caballero; despachamos en menos de una hora.

CABALLERO. ¡Ah! ahora me acuerdo de que tengo un pequeño quehacer. Me esperan en la plaza. Vendré lo mas pronto posible.

AMB. Os acompañaré si quereis.

CABALLERO. No os molesteis. Nos veremos.

AMB. Estoy á vuestra disposicion.

CABALLERO. Adios, carísimo Don Ambrosio.
(*Lo abraza*).

AMB. Sí, de todo corazon. (*Lo abraza*).

CABALLERO. [El viejo caza muy largo, pero no ha tropezado con ciegos.]

AMB. [¡Eh! la cosa está turbia, pero yo estoy alerta.]

CABALLERO. [Avisaré á Doña Eugenia.]

AMB. [¿Por qué no se irá?] ¿Teneis algo mas que decirme?

CABALLERO. Si, una sola palabra, y os dejo. Oidla en secreto para que nadie la oiga. (*Al oido*). Sois un zorro de marca mayor. (*Con exageracion*). Servidor vuestro.

AMB. (*Haciendo lo mismo*). Muy Señor mio.

CABALLERO. (*Como ántes*). Siempre á vuestras órdenes. (*Váse*).

ESCENA X.

DON AMBROSIO, *despues* DON FERNANDO.

AMB. La palabrilla se me ha clavado en el corazon. ¿A mí zorro? A lo que veo aquí estamos de pillo á pillo. ¡Así revientes! ¡Qué rodeo ha dado para atraparme! Al principio parecia el

hombre mas generoso del mundo, y al fin se ha mostrado mas avaro que los otros. Yo no soy así: no es avaro el que procura conservar lo suyo, sino el que codicia lo que no tiene.

FERN. Don Ambrosio.....

AMB. ¿Ha venido el correo?

FERN. Sí señor. He recibido carta de mi padre.

AMB. ¿Y dinero?

FERN. Tambien dinero.

AMB. Pues entónces principio á deseáros buen viage.

FERN. Y yo á agradeceros...

AMB. No hay necesidad de cumplimientos. Recibid este beso, marchad, y que el cielo os bendiga.

FERN. ¡Ah! y tendré que partir.

AMB. ¿Por qué suspirais?

FERN. Mi dolor es inmenso. El corazon se me salta del pecho, y no puedo contener las lágrimas.

AMB. ¿Cómo? ¿Estareis enamorado?

FERN. Dispensadme, por compasion.

AMB. Mucho peor. Fuera de aquí pronto.

FERN. Me vereis caer en el dintel de vuestra casa.

AMB. ¡Cuerpo de Dios! ¿Os habeis enamorado de mi nuera? (*Don Fernando vuelve la cabeza y suspira.*) Fuera de aquí pronto.

FERN. Creo que en eso no os hago ninguna ofensa. Yo tambien soy noble en mi pais. Soy hijo solo, y mi padre quiere que me case.

AMB. ¿Aspirais, por tanto, á su mano?

FER. Lo deseo ardientemente; pero no merezco tanta felicidad.

AMB. Una palabra. Hablemos formalmente ¿Estais enamorado de ella ó de su dote?

FERN. ¿Qué dote? ¿Qué me decís de su dote? por su amor renunciaria á todas las riquezas del mundo.

AMB. ¿Sabe ella que la amais?

FERN. No me he atrevido á decírselo.

AMB. Mi querido Don Fernando, os amo como si fueseis mi hijo. Siento en el alma veros tan afligido. Venid aquí y hablemos.

FERN. Me alegrais con esa indicacion.....

AMB. Expliquémonos en pocas palabras. ¿Queréis casaros con ella?

FERN. ¡Pluguiese al cielo! Seria el hombre mas feliz del mundo.

AMB. ¿Pero qué dirá vuestro padre?

FERN. Me ama tiernamente. Estoy seguro de que no se negará á proporcionarme tan justa satisfaccion.

AMB. ¿Qué edad teneis?

FERN. Cerca de veinte años.

AMB. No sois menor. La ley os permite contratar. ¿Tendriais inconveniente en hacer una renuncia de su dote?

FERN. Estoy dispuesto.

AMB. ¿Y de responder de esta renuncia á mi nuera, si algun dia exigiese su dote?

FERN. Sí, con el mayor gusto; á título de donacion *propter nuptias*, ú otro cualquiera.

AMB. Pues no hay que perder el tiempo. Voy

á buscar al procurador, que es tambien notario. Vos en tanto presentaos á Doña Eugenia; decidle algo.

FERN. No me atreveré.

AMB. ¿Un jóven de veinte años no sabrá decirle dos palabras á una muger? Tened ánimo, si quereis conseguir vuestro intento. Predisponedla en vuestro favor. Yo os ayudaré.

FERN. Sé que tiene algun otro pretendiente.

AMB. No temais á nadie. Sus dos pretendientes son dos miserables; vos sois el mas generoso y el de más mérito. Ha de ser vuestra aunque se hunda el mundo. Ea, no perdais tiempo.

FERN. Voy al punto. Siento el temor de costumbre; pero vos me animais.

ESCENA XI.

DON AMBROSIO, *despues* DOÑA EUGENIA.

AMB. Al fin he encontrado una persona decente. ¡Oh! no se me escapará. A lo hecho, pecho. Su padre tendrá que aguantarlo por fuerza. ¡Ah! aquí está Doña Eugenia. La busca por aquel lado y viene por este.

EUG. Os saludo, Señor suegro.

AMB. Para serviros, Señora esposa.

EUG. ¡Yo esposa?

AMB. Sí, consolaos: espero que os alegrareis.

EUG. ¿Y quién pensais que ha de ser mi esposo?

AMB. Una persona á quien conoceis y tratais y que creo no os es desagradable.

EUG. (Será ó el Conde ó el Caballero) Pero decidme claramente.....

AMB. En seguida le enviaré aqui para que os lo diga él mismo. Quiero que tengais un poco de curiosidad. Adivinad quién sea. Lo que sí os aseguro es que es un completo caballero. Aceptadlo á ojos ciegas.

EUG. Vamos, decidme al ménos.....

AMB. No, en seguida le veréis (Váse.)

ESCENA XII.

DOÑA EUGENIA, *despues el* CONDE.

EUG. Uno de los dos sin duda. A la verdad, mas me agradaria que fuese el Caballero; pero he dado mi palabra de depender de la eleccion de Don Ambrosio. Aquí viene el Conde; sin duda es este el que me envia mi suegro; este es el esposo que me destina.

CONDE. Dispensadme si os molesto.

EUG. Conde, tengo motivo para consolarme conmigo misma.

CONDE. ¿De qué, Señora?

EUG. Don Ambrosio me ha dicho.....

CONDE. Don Ambrosio es un villano, y haré, mal que le pese, que me dé una satisfaccion de la indigna manera con que piensa trataros, y me ha tratado á mí.

EUG. ¿Pues no consiente nuestra boda?

CONDE. Al contrario: el afan de poseer vuestra dote, le hace poner obstáculos á todo pretendiente, y ha llegado hasta á faltarme.

EUG. Me asombrais: él me ha dicho..... [[El Caballero viene. Seguramente será este el elegido.]

CONDE. ¿Qué os ha dicho, Señora?

EUG. Conde, ya sabeis que me era indiferente....

ESCENA XIII.

EL CABALLERO y los mismos.

CABALLERO. Aquí llego sin que mi embajada, como la del Conde, haya tenido resultado. A vuestros piés, Señora. Salud, amigo. *(Contestan á su saludo.)*

EUG. ¿Ocurre alguna novedad, Caballero?

CABALLERO. Sí, por cierto; novedades importantísimas. Estoy impaciente porque las sepais.

EUG. Siento que en presencia del Conde.....

CONDE. Me retiraré.....

CAB. Quedáos. Tengo gusto en que lo oiga todo el mundo.

EUG. Vos sois pues el que Don Ambrosio.....

CABALLERO. Ha chasqueado completamente. Me ha dado esperanzas de ser el favorecido, pero me exigía una injustísima renuncia de vuestra dote. No es que yo no prefiera vuestra mano á todo el oro del mundo; mas no puedo disponer de lo vuestro. Ved, pues, cuáles son sus viles é interesadas miras, y disponed vos misma de vuestra suerte.

EUG. [¿Quién podrá ser el esposo elegido por él á quien yo conozco y trato?]

CONDE. Ahora ya es injusta vuestra dependencia de Don Ambrosio, y su conducta os exime de todo miramiento.

CABALLERO. Estais bastante justificada ante el mundo.

EUG. [A cada instante aumenta mi curiosidad.]

CONDE. El Caballero espera vuestra decision.

CABALLERO. No la aguarda menos el Conde. Somos dos que apeteecemos vuestro amor; debeis de resolver. Y en este caso no ha lugar á la division por mitad.

ESCENA XIV.

FRANCISCO *y los mismos.*

FRANC. (A Eugenia.) Don Fernando desea presentaros sus respetos.

EUG. Si no es cosa urgente, decidle que á la hora de comer nos veremos.

FRANC. Ha recibido carta de su casa, y creo que piensa partir.

EUG. ¿Tan pronto? Que pase, y veamos.

CONDE. Caballero, la resolution de Doña Eugenia, no solo excluye la division por mitad, sino toda esperanza de aquellos pequeños favores, que os parecen indiferentes.

CABALLERO. Piense cada cual como quiera. En cuanto á mí, jamás haré á mi esposa la ofen-

sa de dudar de su virtud. Si es obsequiada, yo me alegraré mucho de tener por compañera á una dama de tanto mérito, y me reiré de los que locamente crean van á arrebatarme una sola chispa de aquel fuego que guardará para mí solo en su corazón.

EUG. [¡Qué nobles sentimientos!]

ESCENA XV.

DON FERNANDO *y los mismos.*

FER. *(Desde lejos.)* ¿Se puede pasar?

EUG. Adelante, Don Fernando.

FER. [¡Ah, estos dos me atormentan!]

EUG. ¿Es cierto que partís?

FER. *(Como ántes.)* Señora.....

EUG. Adelante, ¿qué timidez es esta?

FER. Volveré, Señora... Tengo que decirnos.....

EUG. Podeis hablar con libertad. Ya conoceis á estos caballeros. ¿No os inspiran confianza?

FER. Lo que tengo que manifestaros..... [No es posible que lo diga.]

CABALLERO. *(Retirase un poco para dejar paso á Don Fernando.)* Habladle cuanto querais. Yo no oiré ni una palabra.

CONDE *(Retirándose un poco.)* Cuando gustéis; sé tambien lo que debo hacer.

FER. Dispensadme si una imperiosa necesidad..... [No sé por dónde debo principiar. Don Ambrosio me ha puesto en un compromiso.]

EUG. [¿Será tal vez Don Fernando?] Decidme: ¿habeis visto á mi suegro?

FER. Señora... El precisamente es quien me envía.

EUG. [Seria magnífica la novedad.] ¿Qué os ha encargado que me digais?

FER. Quiere que yo os manifieste..... que si he callado hasta ahora... [No hallo palabras.]

EUG. [El es, sin duda. Mi suegro está cada vez mas loco; un jóven sujeto á la pátria potestad, sin terminar sus estudios; seria precipitarlo.]

FER. [Parece que me ha comprendido. Y leo en sus ojos que no me desprecia.]

CABALLERO ¿No han terminado todavía los secretos?

FER. (*Al Caballero*). Todavía no.

EUG. Venid, Caballero. Don Fernando solo tiene que cumplir conmigo un deber de cortesía. Su padre le llama á Mántua, y él, que es un hijo prudente y discreto, comprende cuál es su deber; quiere partir al punto y ha venido á despedirse. Sé que tiene en Pavía un amorcillo que le detiene, y le estimula á unirse con la persona á quien ama: mas reflexiona que á su edad debe pensar en terminar sus estudios, y no en echarse á perder con un matrimonio. Vé perfectamente que su padre lo llevaria á mal, y un hijo único no debe dar este disgusto al bondadoso autor de sus dias. Yo le estimulo á hacerlo, y creo que vosotros aplaudireis tan buena resolucion.

FER. [Sin haber hablado he recibido la contestacion.]

CABALLERO. Muy bien Don Fernando; me alegro de veros tan prudente en tan cortos años.

FER. Os agradezco el favor.

CONDE. Huid, Don Fernando, huid pronto. No sabeis á donde arrastra el amor.

FER. *(Al Conde)* Gracias por el buen consejo.

EUG. Tened ánimo y consolaos. Tanto más cuanto que puedo aseguraros que la mujer por quien suspirais, os estima pero no os ama.

FER. Buen consuelo me dais..... Paciencia... Dispensadme.

CABALLERO. *(A Eugenia)*. Parece que está enamorado de vos.

CONDE. No sería un despropósito.

EUG. No es posible. Era muy amigo de mi marido.

CABALLERO. Razon de más: puede creer un deber de su buena amistad el consolar á la viuda de su amigo.

FER. *(Irritado)*. Me asombráis.

CABALLERO. No os enfadeis.

FER. Servidor vuestro, Señores. *(Quiere marchar)*.

ESCENA ULTIMA.

DON AMBROSIO *un* PROCURADOR *y los mismos*.

AMB. *(Encontrando á Don Fernando)*. ¿A donde vais, Don Fernando?

FER. A Mántua.

AMB. ¿Sin esposa?

EUG. (*A Don Ambrosio*) ¿Os parecería bien que se casase?

AMB. Si por cierto; y él es el que os conviene aceptar por esposo.

FER. No me ama, Don Ambrosio.

AMB. ¿No os ama? Hija mia, no lo conoceis. Tiene un mérito de que carecen estos dos rumbosóses señores. No hablaré de su caudal é ilustre alcurnia, pues no quiero que se pique nadie; pero os ama de veras, y una gran prueba de su amor es que, á diferencia de los otros, pide vuestra mano y todavía no ha hablado de dote.

EUG. Ahora conozco cual es el mérito, que de tanta importancia os parece. Yo soy dueño de lo mio, y los miramientos que he tenido hasta ahora al padre de mi difunto esposo, ni los merece vuestra injusticia, ni tiene ya por qué esperarlos vuestra avaricia.

AMB. (*Al Procurador*). Señor Doctor, ya no es posible estender la escritura, que pensamos; mas tomad acta de lo que ocurre para defender mi escasa hacienda. Doña Eugenia, despues de haber gastado su dote en cintas y cofias, quiere ahora despojarme de lo poco que me resta.

EUG. (*A D. Ambrosio.*) Me asombrais, Don Ambrosio.

AMB. Y vos á mí.

CABALLERO. Basta, Señores. Permitidme dos palabras, y veamos si puedo arreglar el asunto á gusto de todos.

AMB. (*Dirigiéndose á Don Fernando.*) Este pobre jóven me inspira compasion.

FER. Por mí nada importa. Ha dicho que no me ama.

CONDE. Doña Eugenia promoverá un pleito, y yo me obligo á defenderla.

CABALLERO. No, sin pleito. Escuchadme. El pobre D. Ambrosio, que ha gastado tanto, no es necesario que se arruine con la restitucion de la dote. Esta señora no es necesario que permanezca viuda, ni indotada, ni que se empeñe en un pleito largo, expuesto y fastidioso. Hagamos de modo, que se case con un Caballero que no necesite hoy un dote y que este quede en poder de Don Ambrosio mientras viva; que se sea á cuenta de Don Ambrosio el pago de los intereses de la dote al cuatro por ciento; pero que estos intereses queden tambien en su su poder durante su vida. A su muerte la dote y sus intereses y los intereses de los intereses pasen á esta Señora ó á sus herederos; y para no embrollar con cuentas dificiles la herencia de Don Ambrosio, en una palabra, disfrute de todo mientras viva y á su fallecimiento no teniendo ni hijos, ni nietos, instituya heredera universal á Doña Eugenia. (*A Don Ambrosio*) ¿Os parece bien?

AMB. En no quitándome nada, todo me parece bien.

CABALLERO. Y, vos Doña Eugenia ¿qué decís?

EUG. Me adhiero á lo dicho por una persona tan avisada.

CABALLERO. Si encontrais buenas mis propo-

siciones, estoy pronto á solicitar vuestra mano sin necesidad por ahora de vuestra dote.

CONDE. Yo puedo hacer idéntica proposicion. La seguridad de cobrar algun dia la dote aumentada en beneficio de los hijos equivale á conseguirlo; y la idea del Caballero no es tan extraordinaria, que no hubiera de haberseme ocurrido.

CABALLERO. *(Al Conde.)* Colon descubrió las América. Muchos dijeron despues que esto era cosa fácil, pero con su argumento del huevo avergonzó á los envidiosos, y yo de igual modo digo, que el mérito de la invencion es mio.

AMB. Arreglaos como querais, salvo siempre mi hacienda mientras viva.

CONDE. Doña Eugenia puede decidir.

EUG. Conde, hasta ahora no tuve preferencia alguna. Mas seria injusta con el Caballero, si me aprovechase de sus consejos para hacer la felicidad de otro. Ha encontrado el hilo para sacarme del laberinto. Suya debe ser la conquista.

CABALLERO. ¡Oh discretísima Señora!

CONDE. Sea verdadero ó falso el motivo, no debo oponerme á vuestra decision; y del mismo modo que, si os hubieseis casado conmigo no hubiera tolerado la amistad del Caballero, ya no me volvereis á ver.

CABALLERO. Yo no tengo vuestro carácter suspicaz. Todos los hombres honrados podrán disfrutar de la conversacion de mi esposa, pues en ella tengo ciega confianza, y vuestras prendas no me inspiran temor.

AMB. Vamos, Señor Doctor, á hacer otra es-

critura clara y valedera, para que durante mi vida nada tenga que temer. Vos, Don Fernando, id á Mántua y continuad vuestros estudios. Señor Caballero, despues de extendido el contrato, os casareis con mi nuera; y vos; Señor Conde, tened presente que si habeis perdido tal fortuna, lo teneis bien merecido porque sois un avaro.

FIN DE LA COMEDIA.



